

cuenta todos sus esfuerzos. No es aquí el lugar propio para hablar de las consecuencias físicas que hay que entrever, ni de los medios preventivos que deben emplearse, como el ejercicio corporal, la distracción continua del espíritu, etc., etc. Nos contentaremos con agregar, que aun para los niños cuyo candor está fuera de duda, hay peligros serios en una inclinación viva hacia un discípulo, cuando dicha inclinación puede atribuirse á motivos frívolos y se manifiesta de una manera apasionada.

Regularmente es que se despierta un instinto confuso, y cuyo peligro no disminuye con cierta buena fé.

Prevéngase amigable y prudentemente á esos niños; la prohibición y la amenaza son como aceite arrojado al fuego; no lleguéis á esos extremos sino en caso de peligro cierto y formal. De todos modos, para esos niños, ninguna lucha es tan difícil como esa; pero tampoco ninguna es tan fortificante, y por eso debe animarse.

V

La constancia en el sufrimiento

Ninguna edad se halla libre del sufrimiento; muchas veces; ay! hemos podido ver cuerpecitos débiles y enfermizos, torturados por atroces dolo-

res físicos, y corazones que parecían preservados por los años, destrozados por terribles pesares. Entonces, es cuando los padres y maestros deben apelar á toda su razón y á sus sentimientos de ternura y de fuerza, para que, por una parte, esos niños se sientan aliviados y consolados, y para que por la otra, esas pruebas decisivas no pasen inútilmente por sus almas.

Los buenos resultados se pagan demasiado caros, para que no se les sacrifiquen esas pruebas; pues aseguramos que se obtienen excelentes resultados.

Vigilad los sollozos del niño, es la vibración del acero que se temple, no comprometáis con vuestra incuria tan importante operación. Evidentemente, que los cuidados del educador deben variar como la ocasión que los provoca; entremos en algunos detalles.

Podemos clasificar en el número de los pesares más vivos del niño, la repulsión que le manifiesten sus discípulos, las intriguillas y cábalas de que fuera objeto, y que acabarían por aislarle. Seguramente que nuestro primer deber consiste en iluminar su inexperiencia, en buscar con él el origen de esas desazones, en enseñarle á ser más reservado, quizá menos inhábil para el porvenir; pero también tenemos la obligación de sostenerle.

Participemos de su pena, cuidando de no excitar

contra él nuevas desconfianzas, ni animosidades nuevas, y demostrémosle que no debe conmovirse con exceso. La imaginación se exalta muy pronto, sobre todo en esa edad; que no se imagine pues, ver una amenaza en cada mirada, un insulto en cada sonrisa, ni un ataque en cada palabra que no haya sido suficientemente comprendida.

Cuando haya sido llevado poco más ó menos al nivel de la realidad, será menos difícil hacerle ver, que si no debe tomar una actitud provocadora, debe mucho menos aparecer como un condenado á muerte; decidle que una actitud más independiente, y sobre todo menos impresionable, desconcertará más que su aspecto desgraciado, á los implacables. Decidle también que, después de todo, es una tempestad; que una tempestad no dura mucho, que debe ver llegar el momento de la calma, y gozar de él de antemano; que cuando llegue ese momento se admirará, y quizá hasta se avergüence de haberse afectado por tan poca cosa. Agregad que es necesario dejar que pase esa tempestad sin asustarle y sin apesadumbrarlo, pues el árbol no ha de desarraigarse; y que si el árbol pierde algunas hojas, el inconveniente se compensará con la abundancia de savia y la solidez que la agitación procura á las ramas sacudidas con mayor fuerza.

Una comparación de sus pruebas del momento con las de tal ó cual persona que conoce, ó con

algún personaje histórico, cuyo estado tenga alguna semejanza con el suyo, contribuirá á que no haga caso de esas pequeñas contrariedades, cuando son tan pequeñas comparadas con otras. Decidle, si es necesario, que el hombre debe estar pronto á recibir todo lo que la Providencia le envíe; que más tarde, tendrá que sufrir otra clase de ataques, que su posición podrá imponerle la indiferencia frente á otros más graves, y la sangre fría frente á responsabilidades más aterradoras. Preguntadle qué haría, si tuviera que luchar en un campo de batalla, si fuera necesario que escuchase sin pestañear, el silbido de las balas ó la explosión de las bombas, si tuviese que gobernar un reino é impedir que se derrumbase.

Si llega á la adolescencia ó pasa ya de ella, es imposible que esas consideraciones apremiantes no le levanten y le den nuevas energías. Después, cuando haya pasado la tormenta, volvedle con delicadeza á esos recuerdos, para preguntarle si no estabais en vuestro derecho, suplicándole que no se dejase abatir y que esperase digna y firmemente el fin.

Entonces será cuando podáis hacer constar el progreso obtenido, y quizá éste se establezca, porque nada asegura tanto la marcha para el porvenir, como una experiencia de ese género, cuando se pueden hacer palpar los resultados adquiridos.

¿Qué gran progreso se ha obtenido, cuando, por

ejemplo, ha soportado ese ataque con constancia, siendo así que una baja cualquiera lo habría hecho cesar? Porque ¡ay! no es inverosímil suponer, que algunas veces cesaría el ataque, si la víctima se acomodase á procedimientos ó costumbres que reprobaban la educación y la conciencia. ¡Cuántas veces en la vida, y en otro escenario, se reproducirán casi idénticamente las mismas situaciones! Y en los tiempos calamitosos en que vivimos (1870) ¿no hemos visto aumentar instantáneamente el partido del desorden, por el voto ó por la acción de muchas gentes, que se decían honradas, y que se atribuían el derecho de *aullar con los lobos*, para no exasperar cabezas demasiado vivas, y también ¡oh locura humana! para contenerlas ayudándoles? Estos no tienen todavía el cinismo de la cobardía, tengámosles en cuenta esta baja menor; pero ciertamente que, cuando en vez de contarse para unirse, prefieren caminar con la cabeza baja en seguimiento de aquellos de quienes son juguete, sus miserables y estúpidas habilidades no los salvarán del desastre ni de la vergüenza. Trabajemos para que las futuras generaciones den mejores pruebas de virilidad.

Además de lo anterior, el niño puede caer enfermo; puede ser cruelmente herido en sus afectos; su padre ó su madre pueden dejarle huérfano en los momentos en que esas vidas podían embe-

llecer ó facilitar la suya. ¡Ah! llorad con él, puesto que no podéis hacer otra cosa. Pero me equivoco, podéis hacer algo más; podéis darle ánimo. En la enfermedad, debéis hacerle dejar ver la curación ó el alivio; y esforzándoos por distraerle, presentarle consideraciones y ejemplos en relación con su estado, haciéndole ver también todo el mérito real y la virtud que cristianamente puede adquirir. En las pérdidas que le aflijan, debéis hablarle de la certidumbre que tiene de volverse á ver más tarde con sus deudos, mostrarle los que quedan cerca de él, y que á consecuencia de esa desgracia deben en lo sucesivo bastar á sus afectos.

Debe tener más calma y menos tristeza, para no aumentar su dolor; debe redoblar los procedimientos afectuosos y los esfuerzos al trabajo, para satisfacerlos y consolarlos. ¿No es este un alimento para su actividad y un sostén para su carácter?

No hay ningún maestro, que no sepa estas cosas por sus propias desgracias, y que no encuentre en su corazón recuerdos capaces para conmover su sensibilidad, é inspirarle palabras tiernas que el niño no olvidará nunca. No debe esperarse demasiado en semejantes casos para influenciar á los niños. Sin duda alguna, no hay que comprimir la explosión necesaria y crítica del primer momento, esto sería importuno y torpe; pero tan luego como parezca posible, díganse algunas palabras en el sentido indicado; poco á poco daréis nuevo arran-

que á esa alma que parecía abatirse; y gracias á vuestros cuidados, llegará á reconocer que en lo sucesivo le será difícil espantarse, puesto que ha atravesado semejantes momentos; y también detenerse, puesto que sigue su marcha después de tales sacudimientos.

VI

El sentimiento religioso

En el párrafo precedente sólo hemos tratado este asunto bajo el punto de vista humano; sin embargo, serían muy dignos de compasión aquellos que ante todo, no tuviesen pensamientos sobrenaturales para sostenerlos en los momentos difíciles, y no seremos nosotros quienes queramos privar á los niños de un auxilio tan necesario. Hemos dado el sentimiento religioso como el medio más seguro para elevar un carácter; y lo indicaremos con mayor razón todavía, como el medio más seguro para afirmarlo.

En primer término, apenas necesitamos hacer notar que la lucha contra el mal bajo todas sus formas es la idea fundamental de la moral religiosa; que el evangelio nos habla en cada una de sus páginas de deberes austeros y difíciles; que en

consecuencia no hay nada que se acomode menos á la molicie que el sentimiento religioso; pero sobre todo, no lo olvidemos, puesto que se trata de afirmar y establecer sólidamente, debemos ante todo buscar una base inquebrantable, una base que pueda desafiarlo todo y de la que nunca se dude. Allí está toda la cuestión; porque tanto el niño como el hombre necesitan una *ultima ratio*, una razón postrera, sin la cual titubean y se detienen, y todos hemos podido observar muchas veces esos relámpagos de lógica que surcan la inteligencia de los niños, cuando se les pregunta algo que parezca inconsecuente.

Según el pensamiento de Lamennais, « el hombre no está dispuesto, naturalmente, á hacer al interés público los sacrificios que éste exigiese, como tampoco á admirar la belleza de una máquina que supiera iba á aplastarlo. »; ¿Cómo esperar pues del niño el sacrificio más desinteresado y más difícil de su placer y de su bienestar, sin esa razón última indispensable, de la que acabamos de hablar y que no puede ser otra, sino la idea de Dios y la sanción de su justicia?

Ciertamente que no es esto bastante para oponer un freno eficaz á las pasiones egoístas y á las ambiciones, es decir para mantenerse con firmeza en la línea del deber, por grandes que sean los esfuerzos que tenga uno que hacer sobre sí